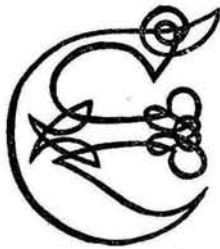


A LAS FRONTERAS

1081



L destierro es la libertad. El destierro es el Cid perdido para el rey, ganado para España, ganado para la causa profunda y oculta de la raza, ganado para sí mismo, vuelto de lleno a su razón de ser, entregado al designio.

El año 1081 nos muestra al Cid obedeciendo al imperativo de su destino. Sin descanso galopará sobre ese año y lo dejará en medio de la historia entretejido de proezas.

Sale del corazón del rey y millones de corazones le abren sus puertas. A medida que va saliendo de Alfonso VI, va entrando en España, va entrando en el mundo, va entrando en la leyenda, va entrando en la mitología.

Sale de Castilla y todos los caminos de España se ofrecen a él, vienen a lamerle los pies como perros amigos.

En todas las selvas, en todas las montañas, los pájaros lo llaman, lo invitan: Por aquí, por aquí, le gritan en su lengua mojada de nubes.

V. HUIDOBRO

Adonde llega el Cid, llega el milagro, lo inaudito, la maravilla, lo alucinante.

Cada sitio que pasa de largo, cada sitio que abandona, queda opaco y sombrío, entra en la muerte, se marchita en un rincón de la historia.

Quinientos hombres le acompañan, quinientos hombres han querido dejarlo todo para entrar con él en la fábula. Quinientos hombres van a todo trote cruzando la leyenda, sembrando romanceros, enriqueciendo de imágenes la epopeya y dejando en el aire un reguero de palabras fuertes y gruesos juramentos.

Con el Cid a la cabeza no temen a nadie. Fanfarrones y valientes, todos callan cuando él habla. Entre tantos hombres íntegros, pechos nobles, hidalgos de fe, se han metido seguramente muchos aventureros audaces, ojos de fiebre, manos de rapiña. No importa; todos son instrumentos ciegos de la causa y todos le obedecen y le adoran. Sólo a él.

La mesnada feroz y rebelde obedece al Poema.

Tras el hombre que adoran, galopan, galopan hacia la frontera. Ni un solo momento les asalta la duda o el temor. ¿Qué les importa salir del reino, si ese hombre solo vale cien reinos?

El Cid sale de la tierra que le vió nacer; él, en cuya alma se registraban todos los murmullos de su tierra, se ve ahora expulsado de ella y se diría que al salir desterrado, es él que destierra al reino que abandona. Lo destierra a la oscuridad, mientras él entra en la luz.

Por seguirlo a él, la Crónica hasta se olvidará de sus enemigos. Ellos se quedan, pequeños, rabiosos, insatisfechos de su venganza; él se aleja majestuoso sobre la injusticia.

Tiene el alma en orden y nada puede romper ese

M I O C I D C A M P E A D O R

orden. Una gran serenidad vuela de sus ojos y se pasea con alas lentas sobre las cabezas.

Alfonso ha querido desterrar al Cid de Castilla y en realidad ha desterrado a Castilla del Cid.

Por eso, los que forman esa columna que va alejándose en la noche no parecen desterrados. Van cantando y riendo llenos de entusiasmo y de confianza en su jefe. Ellos saben que ese hombre de cabeza ardiente, rellena de sabiduría, de imágenes y estratagemas, conoce trucos y astucias como ningún guerrero ha conocido, sabe descubrir las leyes ocultas del combate, adivina al enemigo y coge al vuelo los instantes precisos. ¡Detrás de él hasta la cueva del diablo!

Y el Cid, si no fuera por Jimena y por sus hijas, también iría riendo y cantando.

No teme a la vida ni a la muerte. Corre a su destino y sólo sufre por su patria y por su dama.

Galopan, galopan.

Enormes fauces se abren en la noche y la Epopeya se los traga.

* * *

Difícil es seguir ahora las andanzas del Cid. Durante un tiempo su camino se encuentra sembrado de obstáculos, y va tan rápido cruzando entre mil dificultades, pasando de una batalla a otra, de un monte a un llano, de un llano a una selva, de una selva a un río, que nos es imposible alcanzarle.

Lector, para seguirle en esta etapa vertiginosa, debemos coger un antejo de larga vista y largos siglos y enfocarle en el año 1081. Veamos. Pon tus ojos en él y enfoca. ¿Qué estás mirando?



V. HUIDOBRO

—Veo a Cleopatra en una barca sobre el Nilo.

—Te has equivocado, te has pasado muy lejos; enfoca más hacia acá. Déjame a mí; yo tengo hábito de graduarlo.

—No, no; déjame a mí... Ya está, ya lo enfoqué justo. Tengo el año 1081. 1081 en las rutas de España.

—¿Qué ves?

—Veo al Cid Campeador, al que en buen hora nació y en mejor hora ciñó espada, al de la noble barba crecida... Han pasado la noche en Espinas de Can, cabalgan al amanecer y siguen su camino al destierro. Dejan atrás San Esteban, pasan por Alcobiella. ¡Dios mío, qué ligeros van! Parece que tuvieran ansias de llegar a la libertad. Ya se van acercando a las fronteras, se va acabando Castilla. Pasan la calzada de Quinea y cruzan el río Duero por Navas de Palos, encima de un verso firme y enmohecido.

Las pastoras bajan por todas partes y le llevan ramos de flores. Los pastores le ofrecen lo mejor de sus ganados. El Cid agradece las flores con los ojos mojados:

—Gracias, niñas, por vuestras flores; algún poeta se encargará de agradeceros por mí. En cuanto a vuestros rebaños, guardadlos bien; ¿para qué voy a privar a cristianos, cuando pronto a los moros se los podré ganar?

Siguen su marcha; Babieca va cubierto de flores. Hay un junco en la punta de cada lanza. Llegan a la Figueuela; el Cid manda tomar descanso.

De todas partes se le vienen a juntar guerreros.

Duermen. La noche es una bandera.